

Los ocho Azarques siguieron
Mas que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira
De mitad del vulgo sale
Un gritar: —Alá te guie;—
Y del Rey, un —muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rociarle
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó: —Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y lijeros
A prender al moro salen;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistían,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Desbácese los corrillos,
Y su motin se deshace:
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcón quería
Para librarle arrojarse:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: —Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja: —Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prisión

La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros días
Te llamaban los Alarbes
Venganza de alevos pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese mas
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
»Contra la voluntad de un Rey amante.»
(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

195.

AZARQUE DE OCAÑA. — IV.

(Anónimo.)

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que cñie,
Do tiene en la guarnición
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezcuitas se pinten.
—¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿quién te escribe?
¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo
Hechas de ámbar y de almizcle
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
»Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine;
A mí me abrazan los celos
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldón,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime
Cuando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices
Que tan infame hajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquivia arrogancia
Y tu condición terrible,
Apénas la vencen reyes,
Cuanto mas hombres humildes;
Porque la madre de amor
Cuando se holgaba allá en Chipre,

Si tu consejo tomara
No la infamaran ruines.
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves!—

(Romancero general.)

196.

AZARQUE DE OCAÑA. — V.

(Anónimo.)

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y mas cuando el corazón
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasión
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;
Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice envuelta en mil congojas
Mil amorosas palabras:
—Bien sé, Azarque, que dirás
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa;
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Sino es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasión causa.
Pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si sería forzoso
Partirse sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te di
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito
Con una ingrata mudanza;
¿Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazón y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pidote, Azarque, que hagas
Prueba de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para mas desengaño
Te he de labrar una manga

De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
»Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcón á la sala,
Porque entendió que venía
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

(Romancero general.)

197.

AZARQUE DE OCAÑA. — VI.

(Anónimo.)

Azarque vive en Ocaña
Desterrado de Toledo,
Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
—Por alzarle con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedí corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos míos,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey
Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mi
Para echarle de sus reinos.—
(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

198.

AZARQUE DE OCAÑA. — VII.

(Anónimo.)

Azarque, indignado y fiero
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,

Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celoso las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenamar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olias
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:
« Si como damasco vistas,
» Vistes jacerina y malla;
» Si al campo vas tan furioso,
» Como galán á las zambras;
» Si como al blando Cupido
» Al terrible Marte tratas;
» Si escaramuzas de véras,
» Como de burlas te ensayas,
» Mañana á las diez del día
» Quiero verlo en la campaña.
» Y agrádecelo, Albayaldos,
» Que vives hasta mañana!
» Salga Zulema contigo,
» Que pues los dos á mi dama
» La engañasteis por el Rey,
» De los dos quiero venganza:
» Y am de él tomalla pretendo
» Porque el ardor de mi saña
» Irá envuelto en mis suspiros
» A poner fuego en su alcázar.
» Mil promesas la hicisteis,
» Y despues mil amenazas;
» Dulces ofertas tras esto,
» Y despues fuerza tirana.
» Mil halagos y dulzuras,
» Engaños y quejas falsas;
» Y engaños y quejas viles
» Vengaré sin mas palabras.
» Caballeros sois vosotros?
» No sois sino vil canalla,
» Pues por afrentosos medios
» Procurais vuestra privanza.
» Qué agravio mi alma os hizo
» Que agraviais así mi alma?
» La mora que estaba en ella
» Tanto os costaba dejarla?
» Si fuerza de amores vuestros
» A perseguirla os forzara,
» Yo que sé que es fuerza amor,
» Yo sé que os la perdonara;
» Pero por ser tercera
» De fementidas entrañas,
» Me pagarán vuestras vidas
» La muerte de mi esperanza.
» Ay mora fácil, ay mora!
» Y como en doradas cuadras
» Y bien trazados jardines
» Mil traidores te regalan!
» Ay que presto te vencieron!
» Qué presto los gustos pasan!
» Qué poco vale la fe,
» Si quien la dió no la guarda!
» Cuánto mejor le estuviera
» A mi dicha y á tu fama
» Ser nuevo ejemplo de amor
» A la morisma de España!
» Qué bien pareciera en ti
» Despreciar promesas falsas!
» Y qué bien manchar tu lecho
» Con muerte, y no con infamia,
» Si te quitaran la vida,

» Y el honor no te quitaran!
» Mas qué dije? Vive, amiga,
» Sin honor y con mudanza,
» Verás que guarda mi pecho,
» Con mil agravios de guarda,
» Las cenizas de tu olvido,
» Y de mi querer las brasas.
» Verás trocadas las suertes,
» Yo quejoso y tú olvidada:
» Tú finalmente mujer,
» Hombre yo, que el nombre basta.
» Con esto firmó su reto,
» En que su combate aplaza:
» A Zulema se lo envía,
» Y él se apercibe á batalla.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

199.

AZARQUE DE OCAÑA. — VIII.

(Anónimo.)

Albayaldos el de Olias
Leyó la carta de Azarque,
Y aun apenas la hubo leído
Cuando á buscallo se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque,
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
— No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,
Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado mas pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas le envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.

A las diez del día dices
Que contra mí al campo sales:
Pésame porque me alargas
Tanto el plazo de matarte!
Pero no verás el día
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiedo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrasas;
Mas palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

(Romancero general.)

200.

AZARQUE DE OCAÑA. — IX.

(Anónimo.)

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traian;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los ginetes que el moro
Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: — Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
— La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo mas eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamás osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñeran,
No del tablado las gradas,
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darne eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!
No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?

¡A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¡A las vuestras no muriera
Sin pregones mas honrada?
¿Cómo es que no me entendeis?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: « Esta es la justicia
» Que nuestro Rey hacer manda
» Al moro Azarque, traidor
» Contra su corona sacra ».
— ¡Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma? —
Por hacer lisonja al Rey,
¡Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡Oh firmezas mujeriles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros,
Y á batir vuestras murallas!
Viola Azarque, y al sargento
Dijo: — Solas dos palabras
Tengo yo que hablar aquí;
No me niegues esta gracia.
— Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgarás de escuchallas.
— En mi prison, dijo el moro
Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres varias.
Dobló tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas:
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada:
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad del asta,
En la cual iba esta letra:
« Otra para el Rey se guarda ».
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja;
Y fué tan grande el ruido
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
— Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á tí se vuelvan sus armas.—
Porfia el Rey en que muera;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Olias se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

(Romancero general.)

ROMANCE DE ALBENZAIDE.

201.

ALBENZAIDE.

(Anónimo.)

Con amarillas divisas,
Azar de fortuna avara,
Y desesperada empresa
De ausencia desesperada;
Descubiertas sus pasiones,
Y al brazo izquierdo la adarga,
Y en ella de Amor y Marte
Una reñida batalla,
Que sobre partir un moro
Dudosamente se traba;
Pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma,
Y por divisa esta letra:
«Sepa aquesto Galiana.»
Por la deleitosa vega,
Del rey de Toledo Audalla,
Por cuyos llanos extiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, capitán,
Vencedor famoso en armas,
Y solo de sí vencido
Porque el alma es tributaria;
Junto á los palacios ricos
De aquella mora gallarda,
Que ha Galiana por nombre,
Y es de amor belleza y gala,
Haciendo penoso alarde
De los tormentos que pasa,
En una alazana yegua
Pasea la vega llana.
A tomar va la licencia
Y bendición de su dama,
Que el Rey le envía al socorro
De su deudo el de Granada,
Que le tiene en gran aprieto
El de la mano horadada.¹
Mándale luego partir;
Mas dice Amor que no parta;
Que suele hacer en amores
La ausencia burlas pesadas,
Y por madrastra la siente
Quien mejor de ausencia escapa;
Pero todo lo atropella
Temor de cobarde fama,
Y la honra le hace fuerza,
Que ya es honra la desgracia.
Ve á su Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
Cogiendo el delgado vientro
Que ondea en las frescas aguas.
Salúdanse con los ojos,
Y encuéntranse con las almas:
Hácela el moro mesura,
Y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
Que la lengua está vedada,
Y aunque el moro hablar quisiera,
La plática amor baraja;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anéganse las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel.
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon,
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza:
Muéstrole la empresa y mote,

Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana.
La mora se lo promete,
Y también ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitán de ansias
Hacia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas:
De tener cargas se queja,
De ser capitán se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

(Romancero general.)

¹ Este romance parece referirse á la época de Alfonso el VI.

ROMANCES DE SARRACINO Y GALIANA.

202.

SARRACINO Y GALIANA. — I.

(Anónimo.)

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga¹
Para el fuerte Sarracino
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en un pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan.—
Libertad tuve algun día;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso mas que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Hiceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfia tanta,
Que vino á sacar centellas
De una piedra dura, helada.
Apénas le quise bien
Cuando fortuna voltaria
Hizo que la muerte dura
Probase en él su guadaña.
Murió por ser cosa mia
Entre mil moriscas lanzas,
Quedando yo prisionera
De tu pariente Abenámbar.
En mi alma el monumento
De sus cenizas se guarda,
Y la memoria importuna
De cenizas fuego saca.
Así te dé Dios ventura,
Señora, en eso que labras,
Que mires por tus deseos,
Que son traidores de casa,
Y que dejes que mi llanto
Aprieta del pecho salga,

Que aunque ves que lloro mucho,
Mucho que llorar me falta.—

(Romancero general.—II. Flor de varios y nuevos Romances, 3.ª parte.)

¹ Sobre el asunto de estos romances hay una comedia de Don Alvaro Cubillo, intitulada, *El Buen Término de Amor, y Manga de Sarracino.*

203.

SARRACINO Y GALIANA. — II.

(Anónimo.)

En el cuarto de Comares,
La hermosa Galiana,
Con estudio y gran destreza,
Labraba una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas:
La manga es de tal valor,
Que precio no se le hallaba.
De alfojar y perlas finas
La manga iba esmaltada
Con muchos recamos de oro,
Y lazos finos de plata;
De esmeraldas y rubies,
Por todas partes sembrada.
Muy contento vive el moro
Con el favor de tal dama:
La tiene en el corazon,
Y la adora con el alma:
Si el moro mucho la quiere,
Ella mucho mas le ama.
Sarracino lo merece,
Por ser de linaje y fama,
Y no lo hay de mas esfuerzo
En el reino de Granada.
Pues si el moro es de tal suerte,
Bien merece á Galiana,
Que era la mora mas bella
Que en muchas partes se hallaba.
Muchos moros la sirvieron,
Nadie pudo conquistarla,
Sino el fuerte Sarracino,
Que ella dél se enamorara,
Y por los amores dél
Dejara los de Abenámbar.
Contentos viven los dos
Con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
Con regocijo y con zambras,
Porque entiende el Rey en ello,
Y tiene ya la palabra
Del alcaide de Almería,
Que es padre de Galiana,
Y así en Granada se dice
Que se casarán sin falta.

(Pérez de Hita, *Historia de los bandos de Cegries, etc.*)

204.

SARRACINO Y GALIANA. — III.

(Anónimo.)

Aquel firme y fuerte muro,
En defensa de su patria,
Y bravo y fiero leon
Contra la nacion cristiana;
El que dió tantos asaltos,
Y escaló tantas murallas;
Al que teme todo el mundo
Por su fuerte brazo y lanza;
El que las mezquitas pobres
Tiene ricas, y adornadas
De victoriosos trofeos,
Memoria de sus hazañas,
Y el que enjaeza el caballo
De las cabezas de fama,

Y el mas que todos querido,
Y servido de las damas,
Y á quien le dan sus favores
En los saraos y zambras,
Y á quien todas le presentan
Para los juegos de cañas,
Ricas mangas y almazares,
Y divisa de su adarga,
Y el mas bien quisto en la corte
De Almanzor, rey de Granada;
Es el fuerte Sarracino,
Que estando malo en la cama,
A su cabecera tiene
La flor de belleza y gala,
Que es una graciosa mora,
Que Celia ó cielo se llama;
Que mas el nombre de cielo
Que no el de Celia le cuadra;
A quien tiene el dios Cupido
Cuenta de pagarle parias,
Y así su mal es ninguno,
Pues con tanto bien se paga;
Y todos juzgan por gloria
El mal que en la cama pasa,
Y aquel que mas salud tiene
Trocará de buena gana
Con su larga enfermedad
Aunque nunca se acabara:
Pero á él no le satisface,
Ni para alegrarle basta,
Y es porque el moro estaba ausente
De su hermosa Galiana,
Y con suspiros le dice:
— ¡Gloria y amor de mi alma!
¿Dónde estás que no te veo,
Dulce bien, dulce esperanza
Del corazon que te adora,
Y que tú propia traspasas?
Muy presto será mi muerte,
Si tú en visitarme tardas:
No hagas hechos de fiera,
Pues tienes de ángel la cara,
Pues tú con tu hermosa vista
Resucitas á quien matas.—
Y en esto diciendo, el moro
Pide con mortales ansias
Que le den tinta y papel
Para escribirle una carta.

(Romancero general.)

ROMANCES DE ZAIDA LA DE TOLEDO.

205.

ZAIDA DE TOLEDO. — I.

(Anónimo.)

Por las riberas del Tajo,
Donde mas su curso extiende,
Junto á la ciudad famosa
Que por su muro lo tiene,
Un Bencerraje gallardo,
A quien el amor ofende,
Al tiempo que está en su gloria,
Y en la mayor que dar puede,
En un overo que al viento
En la lijereza escede,
Camina el moro vestido
De morado, azul y verde.
Va á las fiestas que en Ocaña
Un moro de los Gomeles
Hace por servir á Aja,
Que ya por esposa tiene.
De cinco escuadras de cañas
Que ha ordenado el moro alegre,
Una encargó al Bencerraje,
Mozo de años dos y veinte;
Que aunque es tan mozo, una lanza
Tan bien con el brazo mueve

Como una liviana caña
Que lijera el aire hiende.
—¡ Oh cielos, dice, pluguiera
A Alá que los alquiceles
A mí y a un moro traidor
Trocara en armas la suerte!
¿Cómo podré jugar cañas
Con un falso que se atreve
A turbar la dulce gloria
Que tan bien mi fe merece?
¿Cómo, señora, de esta alma
Crédito das al que miente,
Agraviando mi fe pura,
Que á solo tu gusto atiende?
Yo jamas he publicado
Que en nada me favoreces,
Y siempre guardé el secreto
Que á tu mucho amor se debe.
No será posible, Zaida,
Que descubra eternamente
La secreta gloria mia:
Ruego á amor que me la niegue,
Y que jamas, bella mora,
Me muestres tu rostro alegre,
Y entre lanzas enemigas
Me dén afrentosa muerte,
Y que del todo olvidada
De saberla no te pese,
Si la fe que te he jurado
Mora mia, no cumpliere;
Y la cifra de mi adarga
Esta declaracion pruebe,
Pues va sembrada sobre aguas,
Cual ves, de pequeños peces,
Que jamas sonido alguno
Con la lengua formar pueden;
Y si no fuere mas mudo,
Mude amor mi alegre suerte,
Y castigue el cielo santo
Una lengua que me vende,
Pues yo el morir le dilato
Por tu amor que me detiene;
Que á no estar él de por medio
No tirara caña leve,
Sino lanza que pasara
El pecho de quien me ofende.—

(Romancero general.)

206.

ZAIDA DE TOLEDO.—II.

(Anónimo.)

En un dorado balcon,
Cuya fuerte y alta casa,
Quebrando manso las olas
Toca el Tajo con sus aguas,
Hecha cuidadosos ojos
Estaba la hermosa Zaida,
Tendiendo su atenta vista
Por el camino de Ocaña.
Con el cuidado que nace
De una amorosa esperanza,
Mira por si acaso viese
Un Bencerraje á quien ama.
A cada bulto que asoma,
La atenta vista repara,
Porque todos le parecen
El Bencerraje que aguarda.
De léjos algunas veces
Le llena de gloria el alma,
Lo que llegado mas cerca
Le entristece y desengaña.
—¡ Ay mi Bencerraje, dice,
Si anteayer me viste airada,
Ya mis ojos me disculpan,
Que con lágrimas me bañan!
Arrepentida las vierto
De imaginar que á mi causa

Fuiste el mas triste y gallardo
De cuantos jugaron cañas:
Aunque estaba, si lo adviertes,
Con justa causa agraviada,
Pues vi de enemiga lengua
Desdorar mi honesta fama.
Si tú no diste ocasion,
Perdona á tu humilde Zaida,
Y si por tuya la tienes,
No te pese que sea honrada.
A ley de bueno, el secreto
Debido á mi estado guarda,
Pues no faltará la fe
De esta mora que te ama.—
Dice, y vió que el Bencerraje,
Gallardo á su puerta llama,
Y lijera baja á darle
Brazos, cuello, pecho y alma.

(Romancero general.)

207.

ZAIDA DE TOLEDO.—III.

(Anónimo.)

El Bencerraje que á Zaida
Entregada el alma tiene,
En sus colores publica
Que de su luz vive ausente.
De leonado viste el moro,
Porque su fe no consiente
Que alma ni cuerpo en ausencia
Vista colores alegres.
Con blanca y leonada toca
Aprieta un rojo bonete,
Y en él con tres plumas negras
Cubre moradas y verdes.
En las moradas publica
Su fe, que no desfallece,
Por mas que la ausencia triste
Su fiero rigor aumente.
Por las verdes vive el moro
Cuando mas su pasión crece,
Porque se las dió su Zaida
Para que en ausencia espere;
Mas quien gozó alegre estado
Cual él le gozó presente,
Es bien que con luto cubra
Memorias de ausentes bienes.
En un hermoso caballo
Que lo blanco hurtó á la nieve,
Solo, aunque no de pasiones,
Pasea el moro valiente.
No le llega el acicate
Para que brioso huelle,
Porque aun en esto procura
Su mucha pasión se muestre.
Llegado el moro al balcon,
Donde á su dama ver suele
Viéndose tan léjos de ella
Nuevo dolor le enternece.
—¡ Ay balcones venturosos
Que fuisteis mi cielo alegre,
Y por mi corta ventura
Ya sois desiertas paredes!
No esteis ufanos y altivos,
Aunque dorados y fuertes,
Que una humilde casería
En la ventura os excede.
En ella mi Zaida hermosa
A su placer se entretiene,
Obligada de su honor,
De sus padres y parientes.
Si tú quisieras, ¡ oh Zaida!
Trocado hubiera por verte
Esta ciudad, y mi casa
Por solo un pajizo albergue,
Que su humildad y pobreza
Tuviera por rica suerte,

Como fuera en el lugar
Que con tu gloria enriqueces.
Mándasme que ausente viva,
Y es dar licencia á la muerte,
Que la mal hilada estambre
De mi corta vida quiebre.—
Esto dijo el Bencerraje,
Y amor que le favorece,
En céfiro se transforma
Que blando sus plumas mueve:
Pero muévelas de forma
Que las hace que se truequen,
Y las negras no parezcan,
Viéndose claras las verdes.
Atento lo mira el moro,
Y en aquel prodigio advierte,
Que será desconocido
Si al cielo no lo agradece.
Las plumas negras arranca,
Verdes y moradas quiere,
Las negras entrega al viento
Que las esparza y las lleve.
Creció su soplo, y lijero
Con mil regates revuelve,
Hasta hacer que las plumas
En casa de Zaida se entren.
Viólo, y satisfecho el moro,
Dijo: —Así es justo se ordene,
Que pues mi ausencia te alcanza
Parte de mi luto lleves.—

(Romancero general.)

ROMANCES DE BRAVONEL, DE ZARAGOZA.

208.

BRAVONEL DE ZARAGOZA.—I.

(Anónimo.)

Bravonel de Zaragoza
Al rey Marsilio demanda
Licencia para partirse
Con el de Castilla á Francia.
Trataba amores el moro
Con la hermosa Guadalupe,
Camarera de la Reina,
Y del Rey querida ingrata.
Bravonel, por despedida
Y en servicio de su dama,
Hizo alarde de su gente
Un martes por la mañana.
Alegre amanece el día,
Y el sol mostrando su cara
Madrugaba para verse
En los hierros de las lanzas.
Llevaba su compañía
Marlotas de azul y grana,
Morados caparazones,
Yeguas blancas alheñadas.
Por el Coso van pasando
Donde los reyes aguardan;
Colgada estaba la calle,
Y la esperanza colgada:
Aguardaba todo el vulgo
A Bravonel y á su gala,
Y la Reina con ser Reina
A todo el vulgo acompaña.
Ya pasa el moro valiente,
Ya las voluntades pasan;
¡Mas muchas se van con él
Que no es posible parallas!
No lleva plumas el moro,
Que como de véras ama,
Juró de no componerse
De plumas ni de palabras.
En la adarga berberisca
Con su divisa pintada,
Tan discreta como el dueño,
Y como el dueño mirada,

Lleva una Muerte partida
Que juntarse procuraba,
Con un letrado que dice:
«No podrás hasta que parta.»
Delante del real balcon
Hasta el arzon se inclinaba;
Hace á las damas mesura,
Levantándose han las damas;
Pero no lo pudo hacer
La hermosa Guadalupe,
Que el grave peso de amor
Por momentos la desmaya.
Suplicó la Reina al Rey
Que hubiese á la noche zambra,
Y el Rey por dalle contento
Dice que mande aplazalla.
Toda la gente se alegra;
Llorando está Guadalupe,
Pues es martes, y hace sol,
Cierta señal de mudanza.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 1.ª parte.)

209.

BRAVONEL DE ZARAGOZA.—II.

(Anónimo.)

Avisaron á los Reyes
Que ya las nueve eran dadas,
Y que Bravonel pedía
Licencia para su zambra.
Juntos salieron á verla,
Aunque apartadas las almas;
Bravonel tiene la una,
Y la otra Guadalupe.
De la cuadra de la Reina
Iban saliendo las damas,
Guadalupe viene en medio
De Adalifa y Celindaja,
Dos moras que en hermosura
A todas hacen ventaja,
Y tambien en las desdichas
De aficiones encontradas.
De morado, azul y verde,
Está la sala colgada,
Las alfombras eran verdes
Porque huellen esperanza.
A cierta seña tras esto
Se oyeron á cada banda
Concordados instrumentos
Y penas desconcertadas.
Bravonel entró el primero,
Y dando á entender que guarda
Amor, secreto y firmeza,
Esta divisa sacaba:
Un potro de dar tormento
Entre coronas y palmas,
Con una letra que dice:
«Todas son para el que calla.»
Azarque, primo del Rey,
Muy azar con Celindaja,
Abriendo puerta al rigor
De sus encubiertas ansias,
Traía en un cielo azul
Una cometa bordada,
Y esta letra entre sus rayos:
«Cometa celos quien ama.»
Záfiro por Adalifa,
Un tiempo su apasionada,
Mostró con esta divisa
De sus tormentos la causa.
Una viuda tortolilla
En seco ramo sentada,
Y un mote que dice así:
«¡Tal me puso una mudanza!»
Guadalupe y Bravonel
Tiernamente se miraban,
Que cansados de penar

De disimular se cansan.
Mucho se ofenden los Reyes
Y mucho el amor se ensalza,
En ver que allanan sus flechas
A las majestades altas.
Azarque y Záfiro hubieron
Sobre no sé qué, palabras.
Sí, lo supe; celos fuéron
De Adalifa y Celindaja:
Pierden al Rey el respeto,
Paró la fiesta en desgracia,
Que entre celos y sospechas
No hay danzas sino de espadas.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

210.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — III.

(Anónimo.)

Después que en el martes triste
Mostro alegre el sol la cara,
Tiene la suya cubierta
La hermosa Guadalará.
No quiere ver ni ser vista
Después que Bravonel falta,
Ni mostrar el rostro alegre,
Porque tiene triste el alma.
Mucho siente el acordarse
De la noche de la zambra,
Fin de toda su alegría,
Y principio de sus ansias
Acuérdase de la empresa
Que su Bravonel llevaba,
Y suspirando decía:
«¡Todas son para el que calla!»
Procura encubrir su pena,
No quiere comunicalla,
Porque no pierda la fuerza
El dolor que el alma pasa:
No advierte cuán mal se encubre
El fuego que el alma abrasa
Porque el fuego ha de salir
Por los ojos del que calla.
Crecen celos y sospechas,
Y con ausencia tan larga
Está cierta de que quiere,
Dudosa si es olvidada.
Pasados bienes la afligen,
Presentes males la cansan,
Esperanzas la entretienen,
Desconfianzas la acaban.
Dobla el llanto porque el Rey
Mandó á los guarda-damas.
Que no consientan que escriba
A Bravonel Guadalará,
Creyendo que larga ausencia
Causará en ella mudanza,
Y que así le vendría á ser
Agradecida su ingrata.
Para alivio de su pena,
No pudiendo escribir carta,
Pensando en su Bravonel,
Pidió ella una rica almohada.
Sobre un tafetan leonado,
Color que á tristes agrada,
Mostrando firmeza y pena
Una alta peña labrada,
Desde donde nace un río
Que un prado marchito baña,
Y en lengua mora esta letra:
«Muy mayor es Guadalará»
Con esto pasa la vida
Que es la muerte desastrada,
Hasta ver á Bravonel
Que es de sus penas la causa.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

211.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — IV.

(Anónimo.)

Alojó su compañía
En Tudela de Navarra,
Bravonel de Zaragoza
Que va caminando á Francia.
Con sus mansas hondas Ebro
Parecía que llamaba
A la esquina de un jardín,
Frontero de su ventana.
El moro finge que son
Amigos que le avisaban,
Que pasan á Zaragoza
Y que vea si algo manda.
— ¡Amadas ondas! las dice,
De vosotras fio el alma,
Y estas lágrimas os fio;
Si no son muchas, llevadas.
Pasais por junto á un balcon
Hecho de verjas doradas,
Que tiene por celosias
Clavellinas y albahacas:
Allí me cumple que todas
Gritando mostrais las ansias
De este capitán de agravios
Que va caminando á Francia.
Y si por dicha saliere
A miraros Guadalará,
Procurad que entre vosotras
Vea mis lágrimas caras...
Mal he dicho: no las vea
Que me corro de llorarlas,
Y de que en mi pecho duro
Cupiesen tiernas entrañas.
El bravo me llama el vulgo,
No se desmienta mi fama;
Afuera enredos de amor,
Que me embarazais las armas. —
Tras esto oyó que á marchar
Tañen trompetas bastardas,
Y que aguardan sus ginetes,
Le dijo un cabo de escuadra.
Quitó la partida Muerte
Divisa agorera y mala,
Y en su bandera ponía,
Adivinando bonanza,
Encima de un nuevo mundo
Con grande vuelta una espada,
Y en árabe una letra:
«Para la vuelta de Francia.»
Alegróse Bravonel,
Y en un overo cabalga,
Diciendo: — ¡Para la vuelta
No es un mundo mucha paga! —

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

212.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — V.

(Anónimo.)

Bravonel de Zaragoza,
Y este moro de Villalba,
Hijo de Celin Gómel,
Aquel que fuera de España
Dió muestra de su persona
Contra la enemiga espada,
Traen los dos competencia
Por la mora bella Zaida,
Hija del gran Alfaquí,
Consiller del rey Audalla,
El que en cosas de la guerra
Tiene su voto en Granada:
Sin esto, el mayor alcaide
Del Jarife que está en guardia
Gobernando el señorío

Y reino de Lusitania.
Para conseguir su empresa
Bravonel, luego despacha
Con un moro su criado
A Zaragoza una carta,
Y pretende que su padre
Le responda á su demanda.
Fuéle contraria fortuna,
Y fué su suerte contraria,
Pues su padre le responde
Muy fuera de lo que él anda;
Y así aunque es moro gallardo
Desiste de la demanda,
Mas no de rendir contino
A Celinda vida y alma.
El de Villalba se parte,
Llevando á la bella Zaida
Retratada en un papel
E impresa dentro en el alma:
Y aunque de partirse triste,
Alegre, pues la esperanza,
Que es mensajera del tiempo
Y espera, traerá bonanza.
Del Océano las olas
Rompe para irse á su patria,
Y el aire con mil suspiros
Sacados de allá del alma;
Y para se consolar
Mira el retrato, y le habla,
Dice: — ¡Trasunto de aquella
Mora, que enamora y mata
Mil apasionados pechos,
Y al mismo amor avasalla;
Alá permita, señora,
Que sea mi suerte tan alta,
Que pueda nombrarme tuyo
En los saraos y zambras! —
Con esto se parte el moro,
Y queda la bella Zaida
Neutral entre ambas partes,
Tan altiva, cuanto dama.

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

213.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VI.

(Anónimo.)

A las sombras de un laurel
Junto de una fuente clara,
Do vertía sus cristales
En una negra pizarra;
En las riberas famosas
Que el agua del Ebro baña,
Y en un jardín do tenía
El rey Marsillo á sus damas;
Con pluma, tinta y papel
Sentada está Guadalará,
Escribiendo sus pasiones
A quien de ellas es la causa.
En árabe le escribe,
Y aljofarando su cara,
A cada letra que pone
Parece que se desmaya.
Soltó la pluma en el suelo,
Papel y tinta, turbada,
Y turbado el pensamiento
Acude aprisa á la playa,
Como aquella que adivina
Que de su moro las aguas
Alegre nueva le traen,
Con que alegra tanto el alma.
El río, contra costumbre,
Y las aguas luego paran,
Mostrando que Bravonel
En ellas está, y no habla.
Mira la mora el misterio
De las aguas y descansa:

— ¡Amadas ondas, les dice,
Del corazón y del alma!
Aunque mudas por las señas
Me descubris á la clara,
Que visteis á Bravonel
En Tudela de Navarra.
¿Decisme que quedó triste?
¡Mas triste quedó mi alma,
Pues de día no reposa,
Y de noche no descansa;
Que el martes cuando partió
Salió el sol con tal pujanza,
Diferente á las divisas
Que mi Bravonel llevaba! —
En esto llegó la Reina
Y el Rey, con todas sus damas,
Y viendo en tierra un papel
Para alcanzarlo se abaja.
Leyóle el Rey para sí,
Y en leyéndole, le rasga,
Porque no digan las gentes
Que es de alguna de sus damas.
Al ruido de los Reyes
Dejó el río Guadalará,
Mas no pudo ser tan bien
Que el Rey no la sintió, y calla.

(Romancero general.)

214.

BRAVONEL DE ZARAGOZA. — VII.

(Anónimo.)

Con valerosos despojos
Del valor que tuvo en Francia
Su gallardo y fuerte brazo,
En Tudela de Navarra,
Entra bravo Bravonel,
Alegre de su esperanza,
Y él mismo lleva la nueva
De la sangrienta batalla.
Albricias en Zaragoza
Entra pidiendo á su dama,
De quien está tan pagado
Que el verla tiene por paga;
Y puesto junto á un balcon,
Hecho de verjas de plata,
Solo por los ojos negros
Reconoce á Guadalará;
Porque todos de un metal
Le parecen á quien ama,
El fino oro los cabellos,
Lo blanco plata cendrada.
Miraba el vestido verde,
Y las mejillas miraba,
Y el moro finge que son
Clavellinas y albahacas.
Las clavellinas le encienden,
La albahaca le desmaya,
Que es de natura en amor
Una esperanza muy alta.
Suspenso está Bravonel,
Guadalará muda estaba,
Aunque los ojos de entrambos
Con lenguas de amor se hablan.

(Romancero general.)

ROMANCE DE HOMAR, LUSITANO.

215.

HOMAR LUSITANO.

(Anónimo.)

El gallardo moro Homar
Que en Africa residía,
Ilustre en sangre y nobleza,
Y aunque villano en la dicha,
No en villanas pretensiones,